

# IGLESIA DE JÁVEA

Arquitectos: **Fernando M. GARCIA ORDOÑEZ**  
**Juan M.<sup>a</sup> DEXEUS**  
**Julio J. BELLOT**  
**José Manuel HERRERO**  
**Francisco J. PEREZ-MARSA**



Cuando Carlos de Miguel nos comunicó su deseo de presentar la Iglesia de Jávea en este número de "Arquitectura", hizo una apostilla muy singular: "no envíes una memoria al uso de las que nadie lee, sino la relación de tus opiniones como las pudieras contar a un compañero".

Más que mis opiniones, creo que en este caso a los lectores les puede interesar mis impresiones acerca de la génesis, desarrollo y utilización del edificio.

Comenzaré por el último estadio con ayuda de una curiosa anécdota. De todos es conocido el carácter turístico de Jávea, puertecillo de la provincia de Alicante, medianero por el cabo San Antonio con la ciudad de Denia, afamada en otros tiempos por su pingüe mercado de pasas y su no menos exótico cementerio protestante. Desde tiempo atrás, los ingleses venían a por la pasa de esta comarca y prendados de su clima y paisaje, muchos de ellos se quedaban aquí de por vida y muerte. Así quedó censada la primera necrópolis turístico-protestante de las riberas del Mediterráneo. Denia estaba muy orgullosa de su "monumento" y los papas que venían por aquí los domingos solían señalar a sus hijos, mientras los aupaban un poco: "mira, ahí entierran a los protestantes".

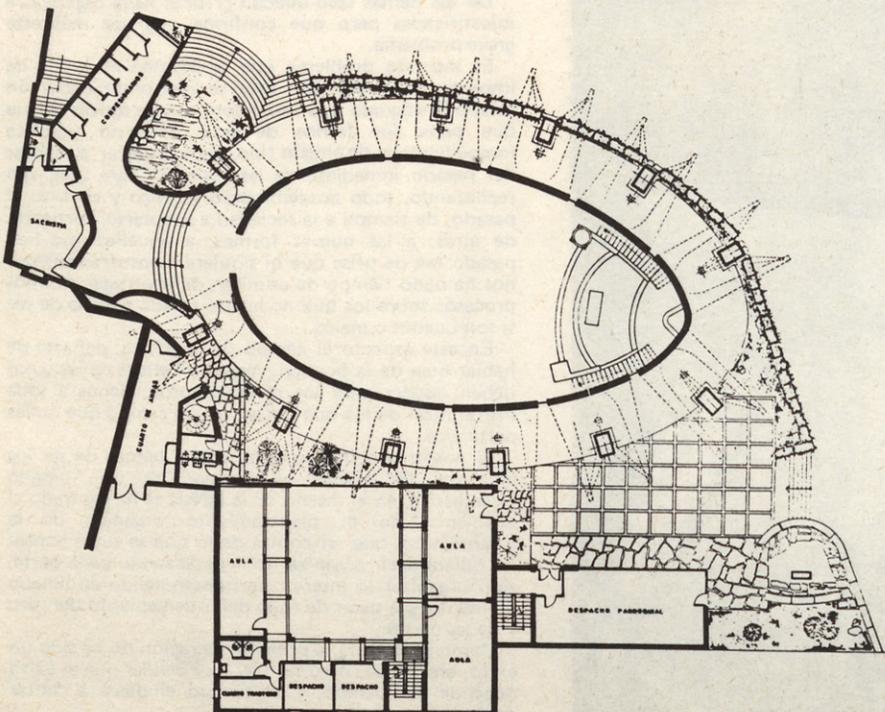
Naturalmente los vecinos de Jávea por vecinos y por no tener monumento estaban a rabiar con los del otro lado del cabo, hasta que un día... tuvieron la Iglesia de Jávea.

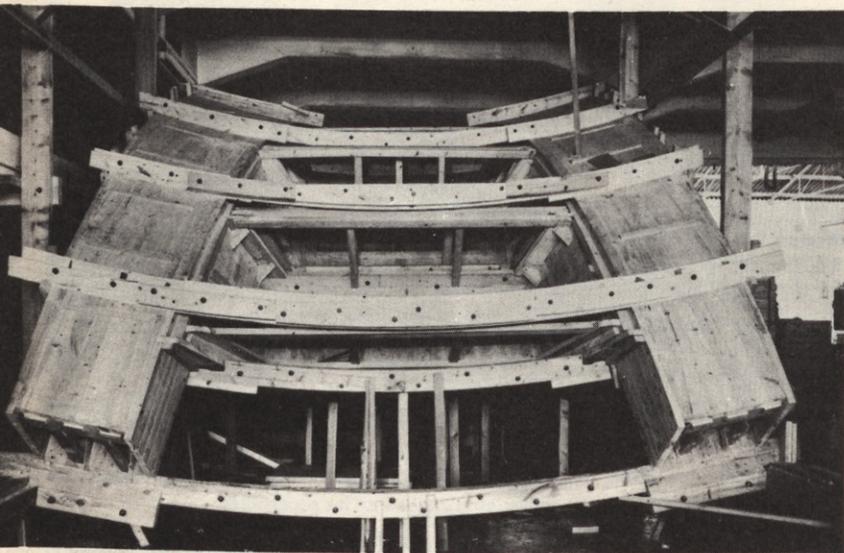
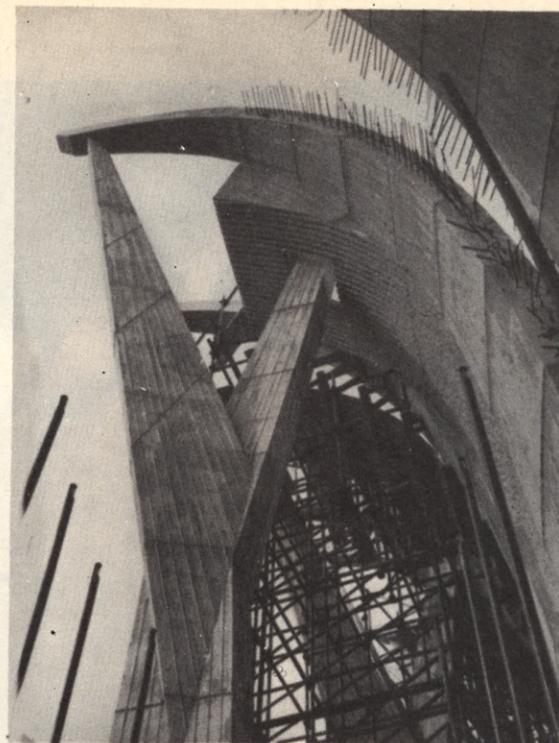
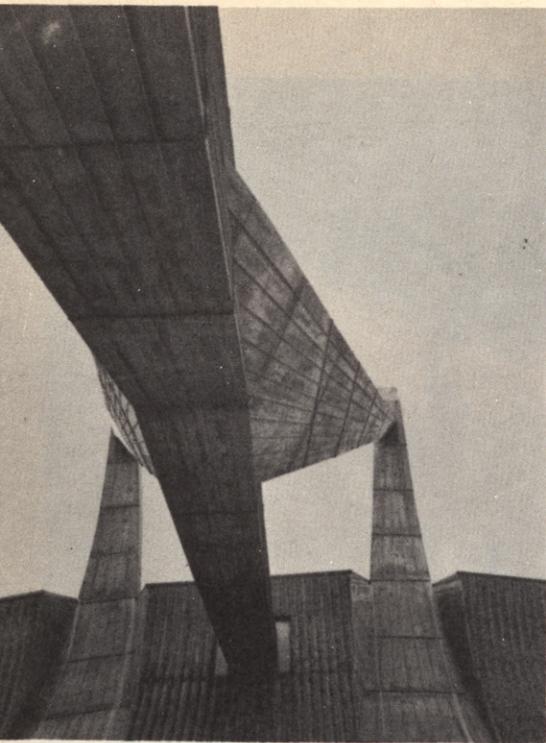
Fotos FINEZAS

La Iglesia de Jávea es muy visitada, particularmente los días festivos de verano. El Arquitecto le propuso al párroco que cobrase la entrada y así podrían allegarse fondos para construir un verdadero campanario. El campanario de baratillo que hay ahora es una improvisación del Sr. Cura que avergüenza al Arquitecto. Pero el Sr. Cura no quiere cobrar a los turistas y el Arquitecto supone que es por temor a que se le insista en lo del campanario.

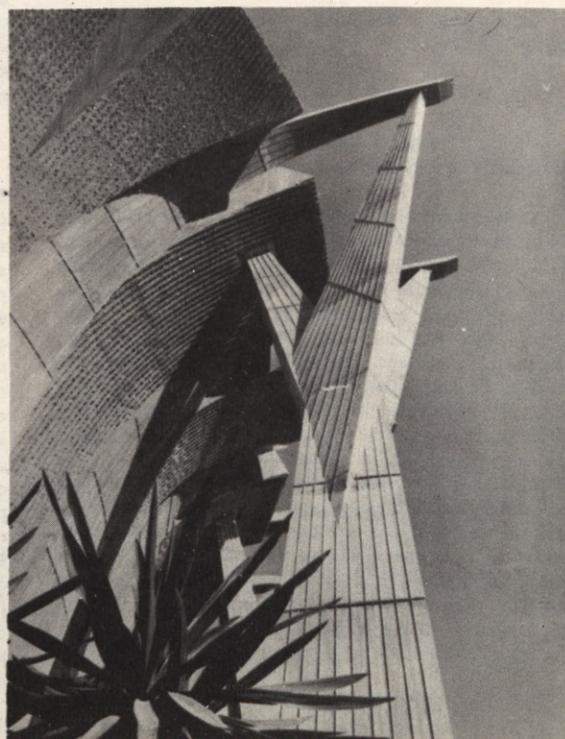
A lo que íbamos: Jávea ya no está celosa con la necrópolis protestante de Denia. Esto no es una hipótesis gratuita; lo decía el "guía turístico" que "explicaba" la Iglesia a su grupo de señoras, señores y niños incordiantes. En el grupo se encontraba el arquitecto.

Realmente es una delicia que a uno le expliquen la razón de sus obras mientras se mira hacia arriba. Este es un detalle interesante que omiten lamentablemente los "guías": tan pronto como la gente penetra en el recinto sagrado, su vista se dirige hacia arriba, atraída por la luz tamizada que se cuela por los lucernarios perimetrales. En tanto, el guía contaba "pipas" del tamaño del campanario de baratillo levantado por el Sr. Cura. Es sugerente destacar que casi todas se escoraban del lado del simbolismo náutico-religioso, alusiones diversas a formas del edificio (techo, paredes laterales, etc.) que le asocian a la idea de "barca de Pedro". Fueron tantos los "parecidos" aducidos por el guía que el Arquitecto se quedó francamente preocupado de su falta de imaginación. Ahora al arquitecto le da cierta vergüenza reconocer que no se le hubieran ocurrido, en su día, ninguno de estos sugerentes simbolismos formales.





Fotos PEREZ APARISI



No cabe duda que la comunicación del pueblo con las cosas o "mass-media", como ahora se dice, suele realizarse principalmente a través de signos convencionales; incluso para sus propios sentimientos precisa de objetivaciones ideográficas: el "amor" es un sustantivo con forma de corazón y se convierte en participio, en "enamorado", añadiendo simplemente una flecha terciada. El mejor método para que los niños de pueblo no trepen a los postes eléctricos, es la tradicional calavera, sucinto mensaje para un riesgo de 10.000 voltios. Y en lo que toca al edificio religioso, no cabe duda que están cambiando los gustos; antes se "llevaba" la planta en forma de cruz y ahora tanto mejor cuanto más se parezca a una barca. Bien es cierto que los arquitectos cultos usan formas "brutales" y materiales "naturales". Pero ésto creo que, por ahora al menos, no son más que sofisticados ideogramas que sirven a la "mass-media". Al menos puedo afirmar que al guía turístico lo que menos le gusta es el acabado en hormigón

Ante la mole de hormigón que supone este edificio, la gente suele admirarse según su peculiar ideograma:

— ¡Uy! Esto parece...

Cada uno tiene su peculiar y pintoresco parecido para un edificio acabado en hormigón, lo cual confirma que la gente —y todos somos gente— reaccionamos estéticamente según sistemas ideogramáticos de absoluto convencionalismo. Incluso la crítica especializada precisa utilizar esta misma suerte de convencionalismos.

He aquí unos cuantos ejemplos:

— "It boldly takes the form of a tall ship" (forma de un gran barco) The New York Times, sábado-Junio 22-1969.

— La revista holandesa "Cement" Enero-1971, le califica de "l'église-corole" y menos mal que "Batir" Marzo-1970 dice que: — "l'architecture l'a conçue moins avec l'arrière-pensée de symboliser la barque de Saint Pierre, que dans le dessein d'obtenir dans l'église une certain qualité de lumière" —

Ni que decir tiene que los arquitectos que trabajaron en este edificio en sus diversos aspectos, prefieren las "pipas" del guía turístico —no siempre halagüeñas— a las calenturientas elucubraciones del sector más culto de nuestra propia profesión. Este culto o culteráneo sector es el que suele explayarse en las revistas profesionales de forma tan abstracta y confusa, que harían palidecer al mismo Góngora. Se encuentran mucho más identificados con la problemática aristotélica —por no usar nombres de modernos filósofos anglo-sajones que son difíciles de escribir correctamente— que con la del maestro-constructor —"espíritu de ingeniero frustado"— que ha abierto admirativamente la boca de nuestros tataro-ancestros, ancestros y la seguirá abriendo a nuestros descendientes, si es que sobreviven a la polución o al colapso atómico.

Sentimos no seguir aquí el género arquitectónico de "ficción-filosófica" adentrándonos en reflexiones sobre el trasfondo telúrico que aliena la psico-sociología del espectador. Sería fascinante comprobar por ejemplo, hasta que punto la "gestalt" conceptualizada por Altusser coincide en este caso con el "compensatory leisure" y el "spillover leisure" descritos por Engels.

En su lugar, hablaremos de un modesto artesano —carpintero por más señas— gracias al cual se pudo realizar el edificio.

Nosotros queríamos un espacio sin esquinas, sin sombras arrojadas, que sugiriese lo más posible a la luminosa envoltura de una nube. No pretendemos insinuar que hay que estarse en las nubes para el encuentro con Dios; nada de esto, además tal hipótesis ya ha sido descartada por un cosmonauta soviético, quien declaró a los periodistas, al salir de su cápsula,



que pese haber subido tan alto y escrutar concienzudamente por la escotilla, no había visto el menor rastro de Dios. Incuestionable conclusión científica.

Nosotros sugerimos otra hipótesis cuya verosimilitud tal vez puede avalar al Sr. Cura de Jávea, pretendíamos que la actitud religiosa del hombre le exige "escapadas" momentáneas de la acción gravitatoria terrestre. Y del mismo modo que se simulan las circunstancias de vuelo espacial, para la formación del viajero, en cierto modo no debe resultar descabellada la pretendida simulación del vuelo espiritual mediante una cierta desmaterialización del espacio visual.

Dentro de las posibilidades a mano, pensamos en su día que la "nube" aunque espacio de ardua construcción, podía simular bastante bien el efecto pretendido; deseamos simplemente proporcionar al fiel un espacio con paredes de luz tal cual uno lo experimenta cuando se sube a picachos envueltos en niebla y con esta pretensión nos fuimos al carpintero.

—Deseamos construir una "nube" de hormigón por más señas, porque es un material blando y moldeable. Necesitamos que Vd. nos fabrique los encofrados.

Luego le enseñamos los planos. El Carpintero-propietario, llamó a su mejor maestro de taller.

—¿Qué le parece esta nube?

El maestro levantó ligeramente la boina, tamborileó con los dedos sobre su brillante calva y durante unos instantes nos mantuvo en un susto. Su jefe nos había prevenido.

—Si él dice que no se puede construir una nube, créame que no hay nacido que lo haga.

Poco después el maestro emitió su diagnóstico.

—Bien pero... tendremos que quitar un trozo de tejado al taller.

—¿...?

—Quiero decir —añadió— que estos grandes elementos de encofrado no caben bajo el techo.

Y efectivamente, se destejó un trozo de taller y se fabricaron grandes piezas de encofrado, formadas con tablilla de alabeo tridimensional. Cada tablilla tenía que ser objeto de un trazado estereográfico que solo podía realizarle un maestro carpintero genial. Y aún pese a ello, éste tuvo que fabricarse una maqueta del conjunto, a tamaño suficiente para hacer posible el análisis de cada tabla de encofrado. Se sobre-entiende que el arquitecto responsable de los encofrados, durante una temporada tuvo que gastar la mayor parte de su jornada en la carpintería del maestro. Y se entiende también que un trabajo tan apasionante por sus múltiples problemas llegara a resultar obsesivo. El maestro solía decir que cuando era domingo tenía ganas que llegase el lunes para dar solución a las dificultades que habían quedado pendientes la semana anterior. No creo que en las catedrales medievales se haya vivido una mayor identificación entre el autor de las trazas y los artesanos ejecutores.

Los trabajos de hormigonado en obra no plantearon mayores problemas; en todo caso fue preciso cuidar en

extremo la homogeneidad del cemento y áridos para lograr continuidad en las superficies.

Poco antes de terminar esta fase de obra, falleció el maestro carpintero. No pudo ver la buena calidad de su trabajo. A buen seguro que un hombre que realizó su tarea con tanto amor debió haber tenido su encuentro con Dios en una "nube" verdadera y sin ninguna suerte de ficción.

La obra fue terminada en tres o cuatro largos años de trabajos materiales y espirituales. Tuvimos bastantes dificultades económicas y contrariedades con el vecindario, si bien contamos siempre con la comprensión del Sr. Cura y de unos pocos entusiastas promotores. En éstos manteníamos la ilusión a base de enormes cantidades de dibujos perspectivos. El arquitecto no recuerda haber dibujado tanto en ninguna otra época de su vida. Tal medio de comunicación no fue posible mantenerlo a gran escala con el pueblo. No entienden, por ejemplo, por qué se situaba la puerta de entrada al templo en posición opuesta a la calle principal. Cuando se les hacía ver que pretendíamos preparar psicológicamente al fiel para su acceso al templo, a lo largo de un previo recorrido acondicionado, les sonaba a música celestial. Ellos recordaban que se les había derribado una ermita que tenía un gran portalón de entrada frente por frente al camino y que se podía ver al cura decir misa desde el pretil que hay en la puerta de la casa de enfrente. Afortunadamente alguien descubrió que el espacio "itinerante" servía para hacer procesiones en torno a la iglesia, y con esta sugerencia se calmaron los ánimos.